

petable voluntad de hablar de sus semejantes, hay en juego una concepción ideológica que, para mí, pasa a veces de la caricatura —apelación a lo grotesco— de nuestra epidérmica extranjerización, a la apología de muy dudosas tradiciones y maneras de ser típicamente ibéricas. Europa se convierte así en un instrumento de enajenación, cuando, a través de muchas décadas, ha significado, y significa, lo contrario.

Pero éste —así como la dirección de Alberto González Vergel y la labor de los actores, jóvenes en su mayoría— es un tema cuyo desarrollo no puede hacerse a la ligera. Justamente porque Lauro Olmo ha puesto en «English spoken» una materia de tan rica significación que, a través de su análisis, nos vemos abocados a la consideración de veinticinco años de difícil teatro español. ■ J. M.

## UN CINEASTA SOLITARIO

### Noticia de Jean-Pierre Mocky

Casi subrepticamente, con una única semana de permanencia en cartel se estrenó durante las vacaciones veraniegas una película que constituye la tarjeta de presentación en nuestro país de un realizador francés siempre olvidado a la hora de los recuentos, apenas conocido, con el que sin embargo hay que contar, y contar en serio: Jean-Pierre Mocky. «El club de la margarita» —que ahora inicia su carrera en los cines de barrio— está lejos de ser su primera obra. Desde 1959, en que realizó «Les fraguers», rueda regularmente a razón de un film por año, a pesar de la distinta suerte que han corrido sus películas en el campo económico. El año anterior había estado a punto de lanzarse a la dirección —previamente había sido actor, guionista— con «La tête contre les murs», que acabó siendo realizado por Franju, ante la negativa de los distribuidores a encomendar el trabajo a un desconocido. «Me tocó el papel del hijo que saca a pasear a su padre, es decir, yo tenía veintiséis años y saqué a un señor que tenía cuarenta y ocho, que se llamaba Monsieur Franju, que me debe su primera oportunidad. Mientras que, de hecho, habría debido ser él quien me sacara adelante... Como, evidentemente, yo no había hecho nada hasta entonces se dijo que era él quien lo había hecho todo, y como él no dijo lo contrario ocurrió que me encontré expoliado de mi trabajo artístico que me habría sido muy útil, puesto que entonces yo era muy joven y no había hecho nada. Necesitaba, por el contrario, que se dijera que había participado en aquella obra para poder continuar». En efecto, «La tête contre les murs», primer largometraje de Franju, tiene posiblemente más puntos de contacto con la obra posterior de Mocky que con la del propio Franju. Autores ambos preocupados por lo fantástico, pero capaces de encontrar sus raíces en lo cotidiano, en la sordidez de la vida de provincia, en lo grotesco de las leyes que rigen la conducta humana, en el absurdo de la moral burguesa, Franju y Mocky han seguido caminos, ya que no divergentes sí diversos. Más brillante, quizá, el de aquél. Más clásico, más desencantado, el de éste. «El club...» es, en clave de comedia, una amarga y al propio tiempo esperanzada reflexión sobre la inoperancia de las normas que regulan la relación hombre-mujer en nuestra sociedad, sobre la acumulación de tabús, de

trabas que se ciernen sobre ella. «Es la historia de un falsario, de un anarquista que quiere acabar con el Registro Civil, con todo el papeleo, e impedir a la gente mal emparejada que pase su vida atada. Es un film contra la lentitud de la justicia, la rapacidad de los abogados y las mujeres que piden pensiones astronómicas a los pobres pecadores. Es el proceso eterno de la sociedad embrizada y que no puede levantar un dedo sin encontrarse con una prohibición». Así definía Mocky su film antes de comenzar. Y, efectivamente, de esto se trata. De esto y más. De una magnífica comedia —cosa rara en latitudes europeas y aún más francesas— llena de imaginación que si quizá peca de una cierta falta de brillantez externa, posee una gran riqueza subyacente. No es, ciertamente, una obra maestra, pero sí un film, además de extremadamente simpático, importante, que hace desear conocer el resto de la obra de su autor. De un autor que, hablando de sí mismo y de su soledad en el panorama cinematográfico francés, dice: «Estoy solo. No soy ni De la Patellière, ni Resnais, ni Franju. Soy yo mismo y creo que, en consecuencia, no conoceré la gloria mientras viva. Es decir, que no tendré esa especie de delirio que suscitan algunos directores. En el fondo, y en cierta medida, me alegro de ello, ya que creo que las obras que quedan son las de gente que, mientras vivía, estaba "hecha pura", como Van Gogh... En cierto sentido, si se quiere, es desagradable sentirse completamente aparte, declasado, pero por otro lado es bastante agradable, ya que prefiero ser apreciado por algunas personas abiertas que por una masa de gente que se preguntan unos a otros para saber lo que está bien. Si se quiere, el poco de gloria que logro es el llegar a tener unos cuantos seguidores, no demasiados. Creo que si puedo seguir así unos años más estaré encantado de haber atravesado una parte de mi existencia sin que se hable mucho de mí, pero haciendo cada año una película que me gusta. Una película que, según creo, escapa a influencias precisas. Naturalmente debo sufrir influencias externas sin saberlo, inconscientemente, pero yo no copio como algunos compañeros listillos. No tengo nada que reprocharme, no copio a tal o cual cineasta, ya que en ese caso no experimentaría el menor placer haciendo cines». ■ C. S. F.



JEAN-PIERRE  
MOCKY

## art buchwald

### LA SELECCION DE PRESIDENTE

**C**HICAGO.—El método norteamericano para seleccionar un presidente ha estado sometido a crítica este año. Se le ha acusado de ser molesto y anticuado. Yo creo que hay algo que decir para mejorar las elecciones, y me parece que sé cómo hacerlo.

Deberíamos aprender algo de nuestros aliados los vietnamitas del sur, que no sólo están practicando la democracia tal como se la hemos enseñado, sino que están introduciendo en ella algunas innovaciones. Por ejemplo, en su última elección presidencial escogieron a Nguyen Van Thieu como presidente, y tuvo que prestar juramento. Pero su principal rival electoral, Truong Dinh Dzu, fue condenado a cinco años de cárcel. La razón es que se encontraba a favor de la paz y de algún arreglo con el Vietcong.

El método del presidente Thieu para tratar a la oposición podría ser fácilmente adaptado a nuestro sistema político. Si lo aplicamos, no sólo eliminaría a muchos candidatos que no son serios respecto del cargo, sino que daría mayor excitación a la lucha presidencial. Un candidato a la presidencia sabría que iría a la Casa Blanca si ganaba o a la cárcel si perdía. Esto le daría mayor incentivo en la lucha.

Creo que en los Estados Unidos hemos dejado en paz a los periódicos de las campañas presidenciales con demasiada facilidad. Aunque un hombre sea ignominiosamente derrotado en las elecciones, sigue siendo tratado como un estadista por su partido. En Miami Beach vimos a los republicanos no sólo aclamando a Barry Goldwater, que les llevó a la derrota en 1964, sino también dedicando una gran ovación, en pie, a Thomas Dewey, el perdedor por dos veces, que mostró tanto coraje en 1948, al negarse a cortarse el bigote sabiendo que su negativa le costaría la presidencia. Y llegaron tan lejos como volver a designar candidato a Richard Nixon, un hombre que no sólo perdió la elección a presidente, sino también a gobernador de California.

Esto jamás hubiera ocurrido de utilizar el sistema democrático de Vietnam del Sur para elegir a nuestras figuras nacionales. Si vivieran allí, Dewey podría haber sido condenado a diez años de prisión; Goldwater, a cinco, y Nixon probablemente estaría todavía picando piedras en trabajos forzados. Y los republicanos, quisieranlo o no, tendrían que haber buscado otro candidato.

Los demócratas también estarían en dificultades. Dudo mucho que Hubert Humphrey hablase, como candidato presidencial, de la "política de contento" si supiera que de perder tendría que servir cinco años en la penitenciaría de Leavenworth. Y Gene McCarthy no se tomaría esta campaña tan a la ligera si se diera cuenta de que su actitud pacifista puede llevarle frente a un consejo de guerra. Hasta George McGovern lo pensaría bien antes de aspirar a candidato si supiera que le amenazaba una sentencia a prisión.

El presidente Thieu ha sido criticado por lo que le hizo a su oponente Dzu. Pero, con sentido retrospectivo, nos ha mostrado que la campaña política puede tener mucho más interés si se trata a la oposición con la dureza que merece.

En este país hay muchas personas que están realmente cansadas de ver a los políticos escapar tan fácilmente después de las elecciones. Si la cuestión principal en esta campaña es la ley y el orden, debemos dejar de lado ese mímico con los que pierden. Cinco años en la cárcel es un precio bajo a pagar por ser candidato a la presidencia de los Estados Unidos, sin contar con la rebaja de la condena que se puede obtener por buena conducta...